



QUIEN CAMBIA?

Pregunta es esta a la que no creo que sé atreva mucha gente a responder de pronto.

Porque la cuestión de los cambios ya se sabe que siempre ha sido peliaguda.

Ahora, pensándolo un poco, ya es otra cosa.

Cambiar, cambian muchos, unos impresiones, otros moneda con tanto por ciento a favor o en contra, otros, de ideas políticas y otros de camisa.

Pero el cambio mas corriente que se conoce, o al menos el de que mas se habla, es el que sirve de tema a todas las conversaciones forzadas y premiosas: el del tiempo.

No hay expresión que se prodigue más, siendo de observar que es muletina que, una vez cogida, no hay quien la suelte.

Aquel que diga por primera vez, ¡Como cambian los tiempos! bien seguro puede estar que lo irá repitiendo hasta el infinito y cada vez más a menudo.

¿Cambian los tiempos en realidad?

A mi juicio—sin que por decirlo ahora pretenda creer que he hecho un descubrimiento—entiendo que no hay tal cosa.

El tiempo sigue impertérrito su camino, cuyo origen ignoramos y cuyo final desconocemos, pero en el que hemos ido plantando jalones para referirnos a épocas determinadas y en el cual jamás hay cambios, ni giros, ni variaciones.

Nosotros si que cambiamos, tan rápidamente que en cuanto nos fijamos un poco lo notamos, con tanto despecho, que preferimos negarlo a pesar de tener la seguridad de que nadie nos ha de creer.

El detalle más nimio nos hace saltar a la vista estos cambios: ya es la ropa quedándose holgada o estrecha, ya el semblante que se alarga o se redondea, ya el cabello que se oscurece o blanquea o se cae, ya en fin el humor que se pierde o que se gana... no; que se pierde, como capital que se gasta sin producir intereses.

Uno de los hombres que más daño han hecho a la humanidad en esta cuestión de cambios, fué sin duda ninguna Daguerre, quien con su invento, que tanto entusiasmo a nuestros padres, a nosotros y a nuestros hijos, nos ha partido por el eje, porque nada como una colección de re-

tratos de una misma persona, para que se vea lo que cambia, no obstante las protestas que haga en tono campanudo como acostumbran muchos exclamar: «Yo siempre soy el mismo.»

¡Qué han de ser! Ni en figura, ni en costumbres, ni en carácter, ni en nada.

Gracias a que, como todos cambiamos al propio tiempo, no se nota tanto, a menos que nos fijemos, pero aun así encuentra cada cual más natural decir. «Como ha cambiado Fulano», que nó «¡Como he cambiado yo!»

Las generaciones que pasan son siempre injustas, a mi creer, con las que las empujan.

No hay viejo que no encuentre defectos a los jóvenes, lo mismo si le dá por lo serio que por lo alegre: si lo primero, encontrando al mundo más perverso que *en sus tiempos*, si lo segundo, considerándose más tunante, más oportuno, más decidor, más *pillin* que todos los que por serlo pasan en la actualidad.

Y llevan su intransigencia a tal extremo, que no admiten absolutamente nada de lo moderno, por creerlo siempre peor que lo antiguo.

Recuerdo que en cierta ocasión, nos quedamos encantados unos cuantos, viendo pasar cerca del grupo que formábamos, una mujer encantadora, de esas que, por el cúmulo de perfecciones que reunen, aun vistas parecen soñadas.

Deslumbrados quedamos todos ante el paso de aquella estrella de primera magnitud y así nos expresábamos, cuando uno del grupo, el más viejo,—que lo era y bastante—nos cortó la letanía de elogios diciendo... «¡Psch! No es mala; pero no puede compararse a lo que fué su madre. ¡Aquella sí que era guapa de veras!»

Y, lo de siempre, metidos en discusión, resultó que nosotros no sabíamos apreciar como los de su tiempo, que cualquier cosa nos sacaba de juicio, que tal y cual y que se yó, concluyendo con la obligada exclamación semi-triste, semi-desdefiosa; «Pero cómo cambian los tiempos.»

Lo que nos apresuramos a rectificar introduciendo en la oración una pequeñísima partícula, respondiéndole.

«¡Pero como *nos* cambian los tiempos!»